



Fui forastero y me acogisteis (Mt 25, 35)

Queridos diocesanos.

El drama de la inmigración que estamos viviendo en Europa merece nuestra atención y nuestra consideración a la luz del evangelio de la misericordia. El sistema económico, en el que prima el capital sobre las personas, la injusticia y la corrupción, el drama de la guerra y la violencia de grupos radicales, son razones que obligan a muchos seres humanos a ponerse en angustiosa peregrinación, buscando medios de subsistencia y provocando así un flujo migratorio. La inmigración es siempre una realidad con doble cara. El inmigrante sale de su casa y de su tierra empujado por diversos motivos y atraído por la esperanza de mejorar sus condiciones de vida. Sin embargo, se encuentra pronto con el dolor del desarraigo y con las dificultades para la integración en la nueva realidad, en la que espera ser acogido.

En estas circunstancias cobra una importancia especial el reto del Señor: «fui forastero y me acogisteis» (Mt 25, 35). Este desafío lanzado por Jesús, según refiere el evangelio de Mateo, está dentro de un elenco de acciones que nacen de unas entrañas misericordiosas. Acciones que caracterizan a los que obran con un corazón grande y hace realidad «la premura paterna de Dios que es solícita con todos». Dice Francisco que «el amor de Dios tiende a alcanzar a todos y a cada uno, transformando a aquellos que acojan el abrazo del Padre entre otros brazos que se abren y se estrechan para que quien sea sepa que es amado como hijo y se sienta “en casa” en la única familia humana» (*Mensaje para el Día mundial del emigrante y del refugiado* 2016).

Para Dios, todos los seres humanos somos sus hijos y, por tanto, hermanos. Por eso Jesús, el rey que nos juzgará al final de los tiempos cuando venga en su gloria (cf. Mt 25, 31), el Hijo de Dios entre los hijos de Dios, Hermano entre los hermanos, proclama: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 15, 40). Estos hermanos “más pequeños”, en la escena del juicio final, son los hambrientos, los que tienen sed, los forasteros, los que están desnudos, los enfermos, los encarcelados (cf. Mt 25, 35-36).

En el *Angelus* del día 6 de septiembre, el Papa nos sorprendía con una llamada a la acogida: «La Misericordia de Dios se reconoce a través de nuestras obras... Ante la tragedia de decenas de miles de refugiados que huyen de la muerte por la guerra y el hambre, y están en camino hacia una esperanza de vida, el Evangelio nos llama a ser “prójimos” de los más pequeños y abandonados. A darles una esperanza concreta. No vale decir sólo: “¡Ánimo, paciencia!..” Por lo tanto, ante la proximidad del Jubileo de la misericordia, hago un llamamiento a las parroquias, a las comunidades religiosas, a los monasterios y a los santuarios de toda Europa para que expresen la realidad concreta del Evangelio y acojan a una familia de refugiados... Recordando que Misericordia es el segundo nombre del Amor».

Queridos diocesanos, ante la propuesta del Papa, la diócesis de Ávila quiere mostrar su colaboración para hacer frente a esta catástrofe contribuyendo a prestar ayuda a los refugiados en la medida de nuestras posibilidades. Yo lo anunciaba en una nota publicada hace unas semanas. El Obispado ha encomendado a Cáritas Diocesana la coordinación de todas las acciones encaminadas a este propósito. También hago un llamamiento a todos los fieles, familias, instituciones y empresas. Ávila siempre ha dado muestras de ser una comunidad generosa con el que sufre. Ahora, es tiempo de mostrar de nuevo nuestra sensibilidad ante el drama de miles de hermanos y orar por ellos, abriendo nuestro corazón a la acogida.

Con mi bendición y afecto.

✠ Jesús García Burillo
Obispo de Ávila